



La Galería

Por Teresa Pérez Landa

Estaba muy ilusionado. Laura me había invitado a una exposición de pintura, los cuadros eran de un amigo suyo, Benito Duarte, y para ella era todo un acontecimiento. Ser solo su compañero de trabajo era algo que aspiraba a cambiar en breve; si me había invitado a salir sería por algo, ¿no? Me puse mis mejores galas: pantalón vaquero (vale, era vaquero pero elegante), una chaqueta de traje azul oscuro y

camisa blanca. Pensé si añadir una corbata pero lo descarté enseguida, mejor elegante pero informal. Fui a recogerla a su apartamento, una buhardilla del centro, en la Calle de la Palma. Aparcar en el centro de Madrid es un infierno, más aún desde que impusieron el dichoso Madrid Central o como quieran llamarlo; pero encontré sitio en un parking. La galería no estaba muy lejos del piso. Cuando bajó un escalofrío recorrió todo mi cuerpo: estaba imponente, llevaba un ceñido vestido rojo con un escote que daba vértigo. La tela se ceñía tanto a su piel que sus voluptuosas curvas quedaban perfectamente cinceladas, como si fuera una escultura de Miguel Ángel.

Por fin entramos en la galería, el tal Benito Duarte debía estar medio loco a juzgar por sus pinturas, no entendía qué interés tenía Laura en un tipo que pintaba semejantes monstruosidades, un tipo mayor que ella, medio calvo aunque intentara disimularlo dejándose el pelo largo, y con la nariz roja, supuse que de lo que se metiera para alucinar y pintar esas cosas.

Laura bebía los vientos por ese tipo, estaba claro por cómo le reía sus penosos chistes. Cogí una copa de vino blanco y me di una vuelta para alejarme de ellos y ahogar mis penas. Había un cuadro que era especialmente inquietante: un hombre sentado con su cara (o el rostro de una imagen religiosa) en su regazo. Donde debía estar su cabeza había una vela (o un cirio, vaya usted a saber) encendida, derritiéndose. El entelado o empapelado de la pared de detrás era más inquietante aún, parecía sacado de una película de terror: un damasquinado enrevesado y oscuro. Me dio muy muy mal rollo. Giré la cabeza y Laura seguía riéndole las gracias al tonto Duarte. Volví a mirar el cuadro. De pronto sentí mucho calor, quise secarme el sudor de la frente y me di cuenta de que ya no llevaba la copa de vino en la mano. Es más, estaba sentado y delante de mí veía mucha gente que a su vez me miraba con curiosidad, o con repulsión, o con miedo. ¿Tanto había bebido? ¿Me habrían echado algo en la copa y estaba alucinando? Observé lo que me rodeaba: una pared decrepita. ¡Ahora era yo el que estaba en el cuadro! Instintivamente llevé mis manos a la cabeza y me quemé los dedos. ¡Mi cabeza era una vela! ¡Dios!

¿Cómo podría salir de allí? Nadie veía mis gestos de desesperación.
¿Cómo podía ver yo si tenía mi cara sobre mis piernas?

Escuché a alguien decir... "mira qué cuadro tan curioso, se titula Mario entra en el cuadro". No cabía duda, estaba asistiendo a mi propia muerte. No sé cómo me había convertido en una víctima del pintor Benito Duarte.